

to."—Siéntate y come, tornó á decirle el tlaloque; mientras voy á consultar á nuestro dios." Desapareció bajo el agua, y momentos despues volvió trayendo un haz de milpas que entregó al macehual, ordenándole que lo llevase al rey. Este mismo dia nublóse el cielo, estalló la tempestad y comenzó á llover á mares.

Habiendo cesado las plagas del hambre y la peste y restableciéndose la paz en el reino, Tecpancáltzin mejoró de conducta, se dedicó á reprimir las malas costumbres, y, hostigado del cetro, determinó pasarlo á manos de su hijo Topiltzin. Tal determinacion volvió á irritar los mal apaciguados ánimos; estallaron nuevas rebeliones; en Tula misma, segun varias relaciones históricas, los sectarios de Quetzalcohuatl depusieron á Tecpancáltzin de la dignidad de pontífice y elijieron á otro sacerdote, introduciendo con ello un cisma, que no terminó sino á condicion de que el rey padre sentaria en el trono á su bastardo dándole por asociados á los dos señores principales que alegaban derecho á la corona, y que eran Quauhtli y Maxtlatzin, segun se dice: La jura de Topiltzin, á dar crédito á Veytia, tuvo lugar en 1091, "dándole la obediencia los dichos dos señores Quauhtli y Maxtlatzin, y con ellos todo lo más principal del reino, excepto los tres régulos de la costa del Sur y sus

vasallos, que, aunque fueron convocados, no quisieron concurrir ni dar la obediencia al nuevo monarca; pero viendo que todo el resto de la nacion le habia jurado, se creyó Topiltzin asegurado en el trono, porque los régulos no se atrevieron por entonces á moverse, contentándose con mantenerse independientes y gobernar por sí solos sus Estados, sin subordinacion alguna al rey tolteca, que no tuvo por conveniente por entonces empeñarse en reducirlos á su obediencia."

XVIII

Primeros años del reinado de Topiltzin.

—Entrégase este monarca á los placeres.— Siguen cumpliéndose los vaticinios de Huemantzin. — Arrepentimiento del monarca.

Topiltzin, en los primeros años de su gobierno, se casó con una de las principales señoras de Tula y dió muestras de índole bellísima, concitándose el amor de sus pueblos. Los señores que le estaban asociados en la administracion del reino, humillábanse ante su sabiduria y prevision, y acabaron por no tomar sino muy pequeña parte en los negocios públicos, confesándose inferiores á quien llevaba el cetro

con tanto acierto y esplendor. La paz y prosperidad del Estado y la ciega obediencia de todos sus vasallos, influyeron no poco, sin embargo, en que el orgullo se fuese posesionando del corazón del monarca, quien despertando casi repentinamente á los placeres, empezó á entregarse á ellos sin prestar oído á los consejos y convenciones de sus padres Tecpancáltzin y Xóchitl, quienes veían con espanto y pesadumbre renacer en el hijo el fuego y la desenvoltura á que debió su origen, y de que ellos mismos dieron ejemplo á la nación escandalizada.

El rey, una vez puesto en via tan funesta, no se detuvo, y la corrupcion cundiendo en todas las clases, no respetó ni el santuario, de algunos de cuyos ministros se valió Topiltzin como instrumentos de seducción para hacer caer á las mugeres que era meritorio ante los dioses ceder á los desordenados deseos del soberano. Las mismas sacerdotizas no fueron respetadas, y el cuadro de la prostitucion habida en Tula en aquella época, no podría ser trazado sin que recordase á nuestros lectores el de la que mostraba Babilonia en los dias inmediatos á su toma por las falanges de Ciro. "En el corto espacio de dos años—dice Veytia—llegó á tanto la corrupcion de costumbres en el reino tolteca, que ya ni el rey se cuidaba de

la observancia de las leyes, ni los vasallos atendian mas que á saciar sus brutales apetitos; y turbado todo el órden, precipitándose de delito en delito, eran frecuentes los robos, las muertes y otros abominables crímenes."

En vano Tecpancáltzin y Xóchitl renovaban sus amonestaciones paternales y dierramaban ardientes lágrimas ante los desórdenes del rey. No se detuvo éste en la pendiente que recorria, sino cuando siniestros presagios vinieron á acibarar sus placeres, consternando á toda aquella de generada sociedad. Vióse en los aires á considerable altura un milano blanco, circiéndose sobre Tula con una flecha en las garras, por espacio de varios dias. Un aerolito de extraordinario tamaño, semejante á las piedras de los sacrificios, cayó estrepitosamente á inmediaciones de Chapultepec, que se llamaba entonces Cenecalco. Por los mismos dias apareció una vieja de horrible aspecto, que á todas horas andaba de aquí para allá, agitando y ofreciendo en venta una especie de banderolas; cuantos tenían la desgracia de tomarlas eran arrebatados y sacrificados por manos invisibles.—Pero lo que puso colmo al espanto fué lo acaecido poco despues al mismo rey en sus jardines. Divertiase en ellos, cuando vió á un animal pequeño con cuernos como de venado;

tiróle con cerbatana alguno de los áulicos, y habiendo recogido la presa, reconocieron en ella un conejo. Sobresaltóse el rey, que se acordaba de las predicciones de Huemantzin; mas dominándose, continuó su paseo: en el curso de él, sin embargo, halló un colibrí ó chupamirto, con espaldas como de gallo, y entonces, no siendo ya dueño de sí mismo, corrió á encerrarse en su aposento y convocó á todos los sábios de Tula para que examinasen el significado de aquellos presagios.

Convinieron los sábios en que eran los mismos designados por el antiguo astrólogo, como prueba de que se acercaba el fin de la monarquía tolteca; pero que tales predicciones no debían tenerse por infalibles, y que con la reforma de las costumbres y la abundancia y el esplendor de nuevos sacrificios, se aplacaría la cólera de los dioses, salvándose el Estado. De aquí data el arrepentimiento de Topiltzin, quien comenzó á dictar leyes para reprimir el vicio, y alejando de su presencia á los testigos y compañeros de sus desórdenes, consagróse al ayuno y la penitencia, derramando lágrimas y exclamando continuamente: "De aflicción y miseria he cargado mi alma." La leyenda conserva un cántico compuesto por Topiltzin, y que tratan de imitar estos versos:

"Mi madre, mi digna madre,
Al verme en la embriaguez,
Con triste acento decia:
"Este mi hijo no es;
Ni al ministro de los dioses
Reconocer puedo en él."
¡Oh príncipe infortunado!
¡Corred, lágrimas, corred!"

Los sectarios de Quetzalcohuatl, que presenciaban el arrepentimiento de Topiltzin, se llenaron de júbilo, creyendo todavía posible la salvación del Estado; y la misma leyenda conserva este canto con que procuraban disipar la tristeza del monarca:

"Ha vuelto la deidad entre nosotros
Tal como la adoramos otros días:
Tras el enojo de su larga ausencia
Llenan, á su presencia,
El corazón piadosas alegrías.
De esmeraldas sembrad el trono santo,
Y el afligido rey enjague el llanto."

En ambos cánticos aparece el doble carácter de rey y sumo sacerdote ó representante de Quetzalcohuatl que asumían los soberanos de Tula. Agrega la leyenda que la pendiente del mal es fácil y agradable, así como áspera y enojosa la vuelta al bien; que esta no habría podido efec-

tuarse sino con mucha lentitud en la envilecida condición en que se hallaban los toltecas; por último, que las reformas á que Topiltzin trató de reducirlos, solamente lograron á escitar contra él las pasiones populares, haciendo germinar la semilla de las nuevas plagas que iban á cundir por el Estado.

XIX

Nuevas calamidades en Tula. — Otras alegorías de la peste. — Rebelión de los colegas de Topiltzin. — Humíllase ante ellos el rey. — Venida del ejército rebelde y ajuste de una tregua.

El fallo de la ruina de Tula estaba ya pronunciado por el cielo, y el tardío arrepentimiento de Topiltzin no alcanzó á variar, como tampoco sus nuevas leyes lograron la reforma de las costumbres toltecas. A poco de la aparición de los presagios, mencionados en nuestro capítulo anterior, grandes calamidades, mayores acaso que las del reinado de Tecpancáztin se hicieron sentir en Tula. Inundaciones, sequía, heladas, hambre, peste y guerra se sucedieron casi sin intermision hasta la caída y extinción de la monarquía mas importante de estas regiones en los tiempos anteriores á los aztecas.

Desencadenáronse por principio de cuentas, recios huracanes que echaron al suelo las casas de los pobres. Tras esa plaga, desatóse la lluvia y cayó por espacio de cien días con sus noches, inundando los llanos y obligando á los habitantes de la comarca á buscar asilo en las cumbres, desde donde veían flotar sus casas, muebles y animales. Perdiéronse las siembras, y aunque se renovaron no bien oreados los terrenos, faltó ya del todo la lluvia, reinaron calores horribles, agotáronse ríos y fuentes, helaba noche con noche, secáronse las plantas, perecieron los brutos y comenzaron á dejarse sentir los funestos efectos del hambre. Turbas de vasallos acudían diariamente al palacio en solicitud de alimento, y la miseria general dió creces al robo y á los asesinatos, como algunos años antes sucedió. En el tránsito de las lluvias á la sequía, hubo plaga de sapos que se metían á las casas molestando á sus moradores, y nubes de langosta que descendían sobre los campos y consumían las sementeras, sin dejar otra cosa que los esqueletos de los árboles.

A todo esto siguió la peste, que la leyenda nos pinta con el vivísimo colorido que sólo la imaginación de nuestros indígenas es capaz de aplicar. Dice que en la cima de un cerro inmediato á la capital, hallaron un niño de tan corta edad, que aun

no hablaba; era blanco, rubio, y de tan bello aspecto, que como cosa singular lo llevaron á presencia del rey, teniéndolo por presagio feliz del término de sus calamidades. Topiltzin al verlo, sin darse razón de la repugnancia que experimentó, hubo de formar opinion contraria y mandó que inmediatamente lo volviesen al lugar de donde lo recogieron; lo cual no pudo tener efecto porque en el mismo instante empezó á podrirse al niño la cabeza, y á exhalar tal fetidez, que cayeron muertas muchas de las personas presentes. Murió tambien el niño; otros de los circunstantes quedaron enfermos, y el contagio se propagó con rapidez, haciendo fatal estrago en la corte y demás poblaciones del reino.

Otra leyenda pinta de este modo la aparición de la peste: Para tratar de poner fin á los horrores del hambre, se reunieron en Teotihuacan, la antigua ciudad de los dioses, multitud de príncipes, sacerdotes y sábios que iban á apaciguar la cólera celeste por medio de sacrificios expiatorios; asistieron tambien muchos plebeyos de los tres reinos de Tula, Colhuacan y Otómpan, sin otra mira que presenciar las ceremonias religiosas y las deliberaciones de la asamblea. El primer dia consagróse en el templo á la oracion, y esa noche se reunió la concurrencia en el gran

patio rodeado de pórticos y que servia de vestíbulo á la pirámide del sol; en el centro de dicho patio se alzaba el altar con repuestos de leña, destinados á consumir las víctimas ofrecidas á Xiuhteuctli, dios del fuego. Alzábanse ya las llamas á considerable altura devorando á los cautivos cuyos gemidos se confundian con el crujido de la leña, los cánticos de los sacrificadores y el rumor de la danza que los nobles ejecutaban al rededor de la hoguera: á la luz de ésta, las prolongadas sombras de los danzantes se proyectaban en los edificios del contorno, cuando una forma mucho mas colosal y horrible que las demas, apareció repentinamente en el centro de la fiesta. Era un espectro de rostro deforme y brazos largos y huesosos; nadie osó dirigirle la palabra, y él comenzó á danzar con los nobles siguiendo la vuelta y las figuras del baile al son monótono del teponaxtli; pero, á medida que avanzaba, cojia en sus brazos al tolteca mas inmediato y lo dejaba caer muerto á sus piés. Toda la noche duró así el baile infernal, sin que álguien hallase en su terror la fuerza de voluntad necesaria para separarse y huir; no terminando aquella fiesta sino cuando el espectro desapareció á las primeras luces del alba. Agrega la leyenda que volvió á la noche siguiente con aspecto aun mas horrible; que aho-

gó entre sus descarnados dedos á otros muchos toltecas; que no se le vió tercera vez, pero que, al cabo de pocos días, hallóse en la roca de Hueytepec, á inmediaciones de Teotihuacan, un niño de extraordinaria blancura y formas muy bellas, sentado en una piedra y contemplando desde allí la ciudad; que al aproximarse advirtieron que tenía la cabeza podrida y exhalaba un mal olor tan nocivo, que cayeron muertos muchos de los circunstantes; que quisieron echarlo en el lago cercano, pero que no les fué posible moverlo. Evidentemente este caso es el mismo que referimos con anterioridad al del espectro de Teotihuacan, y si lo citamos aquí es para repetir estas palabras de la leyenda: 'En medio de los esfuerzos que hacían para mover al niño, mostróse súbitamente el genio del imperio, anunciándoles ser voluntad del cielo que abandonasen para siempre la patria que los vió nacer; que el destino en el Anáhuac solamente les reservaba la ruina, la muerte y calamidad de toda especie, de que no podrian librarse sino huyendo. Terminó conjurándolos á que lo siguiesen y se dejasen guiar por él, ofreciendo llevarlos con toda seguridad á lugares donde hallarian el reposo y la paz. Dejó con tal discurso á los toltecas en la mayor aficción; la asamblea de Teotihuacan se disolvió sin haber acor-

dato resolución alguna; pero las plagas sin cuento que siguieron derramándose por toda la monarquía, los convencieron de que no había para ellos otro camino de salvación que seguir los consejos de su divinidad."

Por estos días tuvo principio la guerra que diez años despues derrocó el trono y acabó con el Estado tolteca. Los historiadores no están enteramente de acuerdo entre sí acerca de las causas de esta mas terrible y final calamidad. Segun algunos, los teochichimecas habian seguido emigrando del antiguo imperio de Huehuetlapan hácia el Sur, y estableciendo mas ó menos considerables poblaciones, de donde se desbordaban sucesivamente con direccion al Anáhuac. El ruido de sus pasos, para usar de la poética expresion de la leyenda, se oía ya en Tula desde la proclamacion de Topiltzin, y algunos años despues aquellos bárbaros, abriéndose paso a fuego y sangre, tomaron y arruinaron las ciudades de Colhuacan y Otompan, trayendo su ejército hasta las inmediaciones de la córte tolteca; de donde, ajustada una larga tregua con el monarca, se volvieron hasta Xalisco, para venir de nuevo mas tarde con dobles fuerzas y consumir la ruina y desaparicion de tan famoso Estado. Segun otros historiadores, movieron esta guerra los colegas de Topiltzin en el

gobierno, insurreccionando sus respectivas provincias y siendo muy probable que se les aliasen en su empresa los chichimecas recién venidos del Norte. Hay todavía otra versión, y es la de que los tres réguulos del Sur que, según Veytia, se negaron á reconocer á Topiltzin á su advenimiento al trono, fueron los promovedores de tal insurrección.

Siguiendo la segunda de estas versiones, Topiltzin llevaba mucho tiempo de no hacer caso alguno de Quauhtli y Maxtlatzin, colegas suyos en el mando, en virtud de lo convenido por Tecpancáltzin con el partido que se oponía á la coronación de aquel príncipe. Viéndose despreciados estos señores, y advirtiendo que la indignación pública estaba á punto de estallar contra el rey, á cuya mala conducta eran atribuidos los males del reino, salieron de Tula so pretexto de huir de la peste; se dirigieron á Xalisco y se declararon en abierta rebelión, juntando bajo sus estandartes crecido número de descontentos. Conociendo Topiltzin su propia debilidad, juzgó prudente hacerlos deponer las armas por medio de halagos y dispuso riquísimos obsequios de joyas, plumas, telas y un juego de pelota cuya mesa y paredes eran de oro macizo, sirviendo de bola una enorme esmeralda. Tan peregrino producto del arte tolteca fué llevado á

Xalisco por medio de máquinas que muchos centenares de hombres hacían mover. Los embajadores, al llegar al punto donde se hallaban reunidos los gefes rebeldes, les presentaron el regalo, diciéndoles de parte de Topiltzin que se lo dividiesen entre sí, y advirtiesen que en Tula no había otra cosa que miseria y lágrimas á consecuencia de las últimas calamidades sobrevenidas; por lo que les suplicaba el rey que calmasen su indignación y aplazasen sus pretensiones á la corona para cuando él cumpliera en el trono el término prescrito por las leyes. Los rebeldes tomaron el regalo y contestaron el mensaje en términos ambiguos, con lo cual se retiraron los embajadores desalentados á dar cuenta de su comisión.

Tras ellos vino á poco sobre Tula el formidable ejército de los coligados, y aunque Topiltzin los recibió de paz, se la negaron, escitándolo á que aprestara su gente para que en una batalla se decidiese la suerte de ambos partidos. Viéndose oprimido el monarca, solicitó y obtuvo una tregua de 10 años, "por ser entonces una ley inviolable—dice la leyenda—no atacar de improviso, sino avisar al enemigo y darle el plazo necesario para disponer y aparejar sus tropas al combate." No vemos, sin embargo, que en las guerras anteriormente habidas se observase tal cos-

tumbre. Una vez ajustada la tregua, los rebeldes tuvieron que retirarse á toda prisa, por no hallar en aquellas regiones, á consecuencia de las secas y heladas, semillas ni alimento alguno de los de primera necesidad.

XX

Secta de los Ixcuinamés.—Aprestos militares en Tula.—Sangrientas batallas —Muerte de Tecpancáltzin y de Xóchitl.—Leyenda acerca del suicidio del primero. —Suerte posterior de Topiltzin.—Ocupación de Tula por los teochichimecas. — Fiesta de Xipé-Totec. —Fin de la monarquía tolteca.

La licencia y la prostitucion no habian amainado en Tula á pesar de las severísimas leyes promulgadas por el rey, y en los días anteriores á la aproximacion del ejército rebelde, causaba escándalo la secta de los Ixcuinamés, originaria de Cuextlan, y que se estableció en la corte. Componiáse en su mayor parte de mugeres que adoraban signos indecentes, hacian sacrificios humanos y se entregaban á la embriaguez y á desenfrenos de todo linage, llevando máscara á fin de obrar con mas libertad. Dicha secta acabó de generalizar la corrupcion de las costum-

bres, que habia llegado á su colmo al presentarse á las puertas de Tula los enemigos de Topiltzin.

Este monarca, aprovechando el tiempo de la tregua, hizo que una parte de sus vasallos se dedicara á la agricultura, separando la mitad de las cosechas para abastecer al ejército, formando al mismo tiempo con todos los hombres capaces de combatir, y hasta con multitud de mugeres entusiastas, á cuyo frente se puso la célebre Xóchitl, madre de Topiltzin. Proceióse tambien á la fabricacion de macanas, flechas, picas, mazas y escudos; de manera que al espirar el plazo de diez años, Tula pudo hacer mover tropas brillantes al encuentro de sus contrarios, repartiéndose el mando de las operaciones militares Topiltzin que permaneció con algunos cuerpos á inmediaciones de la corte, y el anciano Tecpancáltzin y otro gefe llamado Huehuenutcatl que avanzaron con el grueso de la gente armada hasta Toltitlan. Las relaciones que atribuyen esta guerra á la rebelion de los tres régulos del Sur aliados con los teochichimecas aseguran que Quauhtli y Maxtlatzin, antiguos colegas de Topiltzin en el trono, le fueron fieles hasta el último instante y contribuyeron con sus respectivas fuerzas á la defensa del reino invadido.

Acercáronse los invasores á Toltitlan,

y hay quien diga que la resistencia hecha allí por Tecpancáztzin y Huehuenutcatl, se prolongó por espacio de tres años, fortificados los toltecas en eminencias naturales rodeadas de parapetos y fosos; hasta que aumentándose considerablemente el número de los contrarios con las fuerzas que diariamente les traían los chichimecas, tuvieron que abandonar aquéllos sus posiciones, replegándose tras sangrientas batallas hasta reunirse con Topiltzin á inmediaciones de Tula.

Hubo aquí nuevas batallas por espacio de cuarenta días, y en ellas perecieron el anciano rey Tecpancáztzin, su favorita Xóchitl, Quauhtli y otros personajes, mermandose mucho el ejército defensor, que, al cabo, tuvo que ceder el paso á su contrario, y desbandarse en diversas direcciones.

Hay una leyenda segun la cual Tecpancáztzin sobrevivió á la refriega y huyó hasta Chapultepec, donde permaneció cerca de veinte años lamentando con sus antiguos errores, causa de tantos males, la desaparicion de su familia y el total acabamiento de la monarquia tolteca. Diariamente pedia al cielo le quitase aquella vida abrevada en los remordimientos y la amargura; mas el cielo se mostraba sordo á sus plegarias, y el anciano se robustecia mas y mas en vez de debilitarse y con-

sumirse; hasta que, no pudiendo ya soportar sus penas, se ahorcó en el interior de una gruta y fué sepultado en la colina de Chapultepec, que despues sirvió de tumba á otros reyes, cuyas sombras se dice que fué á evocar y consultar Moctezuma II al saber la venida de los españoles.

Topiltzin, viendo á sus enemigos vencedores, se retiró con parte de sus fuerzas, incendió á Tula y despues de nuevos reveses, huyó á esconderse en la isla ó cueva de Xico, partiendo mas tarde hasta la corte del antiguo imperio chichimeca, donde pasó el resto de sus dias como particular. Antes de trabarse la lucha á inmediaciones de Tula, habia despachado á sus hijos de tierna edad á los montes de Toluca, encomendándolos á criados fieles para que los ocultasen á la furia de sus adversarios. Uno de los niños fué alcanzado y muerto inhumanamente despues de la derrota; dos de las princesas quedaron al amparo de Maxtlatzin, que se sostuvo algun tiempo en una fortaleza de Tula; los demas hijos de Topiltzin fueron á vivir en Colhuacan á la sombra de su pariente Xiuhtemoc, quien, como veremos mas adelante, gobernó los restos de los toltecas reunidos en aquella ciudad. Otros muchos habitantes del reino emigraron hasta las regiones de Yucatan y Guatemala.

Los vencedores, cuyos gefes mas cé-

lebres eran Huehuetzin y Xelhua, ocuparon á Tula y trataron de impedir la disolucion del Estado, poniendo en el trono á un noble tolteca, que tomó el nombre de Huemac III; pero sus esfuerzos fueron de todo punto inútiles, y las rivalidades suscitadas entre esos mismos caudillos, no menos que la exaltacion de los odios políticos y religiosos entre los vencidos, se aunaron para dar fin á la obra de desolacion que tantos años antes tuvo principio. Huemac III se vió forzado á huir de Tula con su familia; durante la fuga su infeliz esposa dió á luz un niño, y, al canzado á poco el monarca, fué arrastrado y asesinado sin piedad.—Espantados los chichimecas de aquellas escenas, resultado de su victoria, y desesperando de reducir al órden á la raza conquistada, dejáronla que arreglara sus propios negocios como mejor pudiera, y se retiraron á otras poblaciones segun algunos historiadores.

Se dice que por aquellos dias tuvo lugar el primer horrible caso de desollamiento de las víctimas humanas en estas regiones. Yaotl, sectario de Tetzcatlipoca, y encarnizado perseguidor de cuantos seguian los ritos de Quetzalcohuatl, habia vuelto á Tula y ejercia allí influjo decisivo en los asuntos públicos. Habia vencido á sus contrarios en un terrible encuentro en el desfiladero de Nextlapan,

y solemnizó su triunfo con la fiesta llamada de Xipe-Totec. Un representante de Yaotl, designado con el nombre de Xiuhcozcatl, tenia entre sus prisioneros dos otomites, hombre y mujer, y se determinó sacrificarlos durante la noche en las colinas dominantes del valle. Encendida la leña en el altar, comenzó el baile al son de los instrumentos sagrados; el sacrificador arrancó á los cautivos el corazón y los sacerdotes se disponian á arrojar sus cadáveres por las escaleras del teocalli, cuando se acercó Xiuhcozcatl acompañado de otro verdugo, y entrambos desollaron á las víctimas de la cabeza á los piés, se cubrieron con sus pellejos y volvieron inmediatamente á tomar parte en la danza. Algunos de los circunstantes retrocedieron horrorizados; pero la mayor parte de ellos aplaudieron con frenesí aquel acto de insólita barbarie. “Este sacrificio—dice Brasseur—fué prontamente seguido de otros iguales, cuyo origen anatematiza para siempre los últimos dias de una civilizacion que acababa de extinguirse en la sangre.”

Cuatro años después del asesinato de Huemac III, crecia la yerba en las calles de Tula y sobre las ruinas de sus edificios.